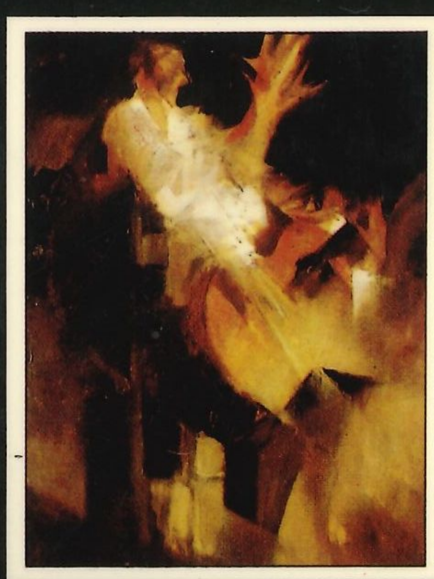
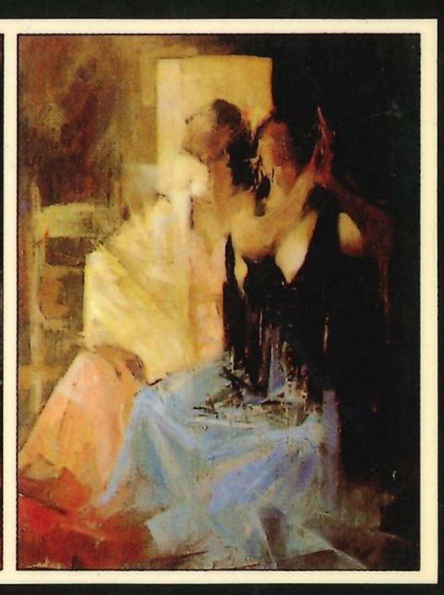
DOS SIGLOS DE FLAMENCO







ACTAS DE LA

CONFERENCIA INTERNACIONAL
JEREZ 21-25 JUNIO 88

SUMARIO

Al ser humano sólo le apasiona el misterio. Y pocas cosas más misteriosas que el cante jondo. Ya su origen lo es: crece, como una trenza de seda y de esparto y de escalofrío, desde las canciones árabes y los rituales judíos y el canto llano eclesial y las músicas bizantinas y los cantos populares marineros y campesinos y los ritmos caribeños y qué se yo qué más. Es, en su principio y en su desenvolvimiento, una voz marginal: algo que inventó alguien para poder quejarse con belleza.

Porque el flamenco, como todo lo perdurable en esta vida, es una queja: la forma de expresarse un grupo de oprimidos. Esto sólo hay claro en él: menesterosos con sangre de reyes se lamentan. Los perseguidos, sea cual fuere la causa de la persecución, se comprenden mejor que los perseguidores, unidos por su paraíso perdido, por su pena, por la expresión de su pena. Por eso, para gozar o padecer el flamenco, no es imprescindible distinguir los cantes, como no es imprescindible distinguir a qué sabe una cosa para saborearla. Por lo que el flamenco nos estremece a quienes nos estremece es precisamente por lo que no acabamos de entender. Lo que se ve claro ya no turba; lo que se conoce deja de ser terrible.

No sorprende que, durante mucho tiempo, haya sido malentendido y desdeñado. Ni siquiera es, con frecuencia, gustado en su pureza por el pueblo. Porque no se trata de una música popular; no es un folclore: se levanta como un rito individual, aunque representativo de millones de gritos; como un alarido so-

litario, aunque invite a la solidaridad. Por eso el cantaor gesticula como un agonizante. Como si se estuviese muriendo a solas con nosotros, por redimirnos a nosotros, igual que un Cristo próximo e inasible.

Yo he escuchado cante toda mi vida, desde niño muy chico. Mi padre, los jueves por la tarde, en que no había colegio, llevaba a casa a los cantaores que admiraba para que los oyéramos. Y, en Semana Santa, desde los balcones se cantaban saetas a los pasos. Todo lo habitual, —es decir, casi nada— que puede ser el flamenco para alguien, lo es para mí. De ahí que sepa que no se trate de un ludus, sino de un fatum. Se trata de una voz que recrea, en un instante, una secular creación colectiva. Una voz que recoge el presente y el pasado, y otros mundos remotos, y el futuro también. Por la garganta del cantaor —cuando se produce el milagro— que no es siempre— brota el turbión cenagoso y purísimo de la queja, el chorro vivo del llanto, el desesperado ulular del ser humano ofendido sin fundamento, la quemante pregunta que deja tras de sí toda injusticia: «¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?». El cante es el vehículo de mucha desdicha derramada ahora y siempre, de mucha dolorosa incertidumbre, y muchos miedos, y muchas indefensas perplejidades, y mucha humillación y también de mucho obstinado anhelo de vivir.

Manuel Torre, en algo que yo he escrito sobre él, le grita a La Gamba, su mujer: «¿A quién le gusta el cante, me lo pués decir? Eso no es un juego, ni una broma, ni un espectáculo, ni un arte, ni ná. Eso es una necesidá, y el que la tiene busca cómo remediarla, y ya está. Por eso hay que saber quedarse y esperar. Y cuando sientes que te yaman por dentro, el que yama ya sabe qué tiene que dictarte: «por soleá, por seguiri-

yas, por tonás». Y tienes que empezar la pelea. Y cuando mejor cantas es cuando vas perdiéndola, porque quien canta es lo que tienes dentro. Hay que estar cansao, con la voz rota y la garganta quebrá y los ojos de sueño, pa dar facilidades y que sarga la cosa como debe salir, sin impedírselo...» En ese sentido de garganta prestada y ahíta, de garganta agobiada por el uso es en el que yo venero al cantaor: «Cuando se canta, el cueyo es lo mismo que una torre que echa al ire palomas, y vienen y van, blancas y negras, dándote aletazos en la cara. Y tú le estás preguntando al mundo entero de dónde vienen las cosas y adónde van las cosas. Y nadie te contesta ná en lo oscuro. Y se te levanta el pecho en un jipío, porque te acuerdas de tó lo que viviste y de lo que hubieras podío vivir. Y de lo que no sabes, también t'acuerdas. Porque no somos ná, ni un puñaíto de tierra, pero hay una mano que nos acaricia: una mano más grande que la vida. Y el mundo está ahí cayao, y tú ya no ves ni oyes, sino que te cruzan los sufrimientos de las criaturas por la cabeza, y tienes que gritar y gritar y pararte. Porque no somos ná, pero sangramos. Y hay que vivir hasta el mismísimo borde de la vida y mucho más allá. Porque tú díme a mí: qué es la vida: ¿una cosa corriente? Por tu boca van cantando cada vez más muertos. Hasta que tú aprietas los labios y te niegas. Que más dá, si tó es morirse y ná sirve de ná. Yo no canto pa nadie, yo no canto pa ná. Ni pa morirme siquiera canto yo. En tó caso, pa ver si me muero de una vez y me acabo y descanso».

Tal es el gran enigma del flamenco y su don peligroso. Por eso yo, maltratado y fascinado por él desde mi infancia, sólo sé sobre el cante que nadie puede abarcarlo ni conocerlo todo: todo el cante de Jerez, tan valiente, y el de Triana, tan bonito; ni el ay en que

están El Puerto y Sanlúcar y Alcalá y El Viso y Coria y Lebrija y Utrera y Dos Hermanas y Marchena y Morón y Estepa: todas las cárceles y todos los muros enjalbegados y los patios de vecinos y las fatigas y los pozos. Y sé sobre el flamenco que no me sorprende que me anule y me asuma, porque ese es su destino de espongiario: esa facilidad tan andaluza para las digestiones —no siempre alimenticias por desgracia, sino históricas— a lo largo de su desenvolvimiento. Se oye el Et maintenant de Bécaud en París, y a la noche siguiente un turronero lo suelta en Jerez por bulerías. Se oye una ranchera de Aceves Mejía en Méjico, y a los dos días, en un patio de Triana, te la cantan por fiestas. Y es que el flamenco es un experto en llantos.

Y sé sobre él, que —como el amor y el mar— siempre es el mismo y otro diferente. ¿Es que no evoluciona? Lo inmenso avanza de modo imperceptible, con una vertiginosa lentitud. Quizá venga algún día —acaso ha sucedido— un cantaor que mueva un pliegue de ese manto riquísimo, o un trocito de su orla. Pero el manto está hecho. Hecho desde el principio para las madres que se mueren, y los hermanos presos, y la juerga, y los guardias, y las bodas, y las suegras malignas o trinconas, y los cuernos, y las ducas negras, y los celos, y la trilla, y las serranas malas, y las malas partidas, y la fragua y el pelo alucinante, y los cuchillos, y las ingratitudes, y el amor, y el amor, y el amor, que nos duele en el mismísimo centro de los huesos.

Por eso inauguro, con todo mi corazón y toda mi esperanza, esta Conferencia Internacional sobre dos siglos de Flamenco. Ilusionado y confiado, la dejo en vuestras manos y en manos de los maestros que van a reflexionar ante vosotros. Y nos doy a todos —a mí también— la bienvenida a este Jerez, uno de los ma-

nantiales en que el cante ha brotado y brota con mayor constancia, mayor ternura y mayor brío. Y donde se le recibe con más minuciosa e inagotable atención. Que vuestra estancia aquí sea venturosa, fraternal y fructífera.

Antonio Gala